

Tormenta de Santa Rosa

Guillermo "El Pampa" Herzel

Historias noveladas de Guatraché

Parte I

Los que habitan y los que alguna vez habitamos un confín pampeano, sabemos que hacia fines de Agosto se desata la popular “Tormenta de Santa Rosa”. Y tras su paso, con el inicio de Septiembre, los “días del viento”.

Del viento que hace volar la tierra suelta; del viento que hace rodar los cardos secos; del viento que obliga a los pájaros a volar distinto al resto de los días; del viento que da vuelta las cosas.

En el pueblo y en los campos de los alrededores, todo era calmo. La gente se preparaba para un feriado de mitad de semana y para recibir esa tormenta que todo lo altera. Bueno... tampoco tanto... solo algunas cosas.

Por si no lo saben, y si lo saben igual se los cuento, el calendario católico convoca ese día a celebrar “Santa Rosa de Lima”. Santa Rosa de Lima es la Patrona de la Independencia Argentina, quien a su vez le cedió el nombre a la capital pampeana, razón por la cual, todos los 30 de Agosto, en cada rincón del territorio provincial, es feriado.

En general la tormenta se hace sentir en torno a esa fecha. Con mayor o menor intensidad, pero no más de uno o dos días de diferencia con el feriado pampa.

Según la leyenda, el origen de ese fenómeno meteorológico se remonta al año 1600, cuando Isabel Flores Oliva, una misteriosa peruana apodada “Rosa”, hizo uso de sus poderes para desencadenar una tormenta que impidió el desembarco de unos piratas holandeses que planeaban saquear Lima.

De allí la beatificación y el nombre de “Santa Rosa de Lima”, que en el caso de la ciudad pampeana mutó en “Santa Rosa de Toay”, por la cercanía al fortín y poblado homónimo.

Toay es una deformación del verbo “toain”, que en lengua mapuche significa “dar vuelta”. Dar vuelta las cosas como el viento de Septiembre que llega tras la tormenta de Agosto.

Coincidencias o no, entre cuestiones esotéricas, calendario santo y fenomenología meteorológica, por esos días “La Tierra del Caldén” suele experimentar una abrupta variación climática, pasando de una suerte de anticipo primaveral, en la segunda mitad de Agosto, a una temporada signada por fuertes vientos y abruptas oscilaciones de la temperatura, en la primera mitad de Septiembre.

Así lo confirma la historia que alguna vez –o muchas veces- contó Don Luis Haspert, propietario y comandante del bar más céntrico del pueblo: el legendario “Bar El Trebol”, que abrió sus puertas a inicios de la década del sesenta.

El pueblo no era ni Toay ni Santa Rosa. Era Guatraché, otro vocablo mapuche que, a partir de la deformación del concepto Huichru Che, hace referencia a la “gente que habita el caldenar”. Che = gente / Huichru = caldén. Hay algunas otras teorías etimológicas pero me quedo con ésta que mi padre consideraba la más seria.

El Caldén es un árbol icónico de La Pampa. Especie única en el mundo, con rango sagrado para los pueblos originarios, lo que justifica su lugar central en el escudo provincial. De madera muy dura y de color rojiza, crece a ritmo lento pero a paso firme, aún en épocas de sequía extrema.

Por su parte Guatraché es algo así como la capital del sudeste pampeano, región en la que aún subsisten importantes porciones de monte de caldén y otras especies nativas.

Allí, en la avenida principal, y a menos de una cuadra del mástil, centro comercial del poblado, Luis Haspert tenía su bar. Lugar donde solía desplegar sus dotes de gran contador de historias. Relatos con los que entretenía a los parroquianos que asistían a sus misas y a sus mesas.

Las mesas de “El trébol” eran cuadradas, con sus tapas forradas en fórmica de diferentes colores, y tan pequeñas, que apenas alcanzaban para contener la botella, el sifón, el vaso y el clásico cenicero triangular de chapa que tenía grabado en sobre relieve la marca “Cinzano”. Todo minuciosamente ordenado y aireado por las largas aspas de un antiguo ventilador de techo que giraba a una velocidad increíblemente lenta.

Las historias de Don Luis también circulaban a una velocidad increíblemente lenta. Porque además de una abundante cantidad de detalles y descripciones, incluían siempre alguna que otra estrofa dedicada al auto alardeo: directa o indirectamente, el comandante de “El trébol” deshojaba el éxito alcanzado en cada uno de los emprendimientos que ilustraban sus relatos.

Por ejemplo una vez contó que había afilado tan bien los discos de su arado, que media hora después de haber iniciado la marcha con el tractor que lo tiraba, miró hacía atrás y la herramienta ya no estaba.

Había desaparecido!!

Entonces supuso que podía haberse desenganchado, por lo que decidió detener el Someca, pararse sobre el asiento de chapa para mirar en el cuadro trabajado, pero no estaba.

Qué había pasado, entonces?

Increíblemente, el acero había penetrado tanto y tan bien el duro y seco suelo pampeano, gracias a la excelente afilada que le había dado Don Luis, que la enorme estructura de hierro directamente había quedado sepultada bajo tierra.

Dicho esto, me parece una obviedad advertirles que la historia que ahora voy a contarles, no es la excepción a la regla, y que también contiene algún pasaje referido a otro de los grandes éxitos de Luis.

Resulta que un día el hombre quiso darse el gusto de construir una estufa hogar en su casa. Más exactamente, en su living. Y ahí nomás se lanzó a la aventura con balde y cuchara en mano.

Eso fue poco tiempo después de la apertura del bar. No recuerdo exactamente el año, pero sí el mes, porque remarcó que las primeras hiladas de ladrillos las había colocado unas semanas antes de que llegara la tormenta de Santa Rosa y esperaba poder terminar su obra de albañilería previo a la lluvia y los vientos.

Contó también que al culminar la chimenea y hacer las primeras pruebas de fuego, se había sorprendido mucho por lo bien que andaba el tiraje. Lo que hizo que desde entonces todos los asados se hacían en la flamante estufa, que no dejaba ni rastro de humo en el cuarto.

“Ni una sola gota de olor”, repetía en un tono más exaltado que el utilizado para el resto del relato.

Pero ese estado de ánimo poco le duró al parrillero, que cambió rotundamente de humor cuando no encontró las pantuflas que había dejado junto al fuego para ponérselas calentitas al llegar la noche, después de cerrar el bar.

Digamos que la desaparición de su calzado preferido desató una tormenta más intensa que la de Santa Rosa.

Días y días las buscó por todos los rincones de la casa... Y nada. El misterio se extendió por semanas y su mal humor, también. Al punto que llegó a dejar de hablarle a su esposa, convencido de que ella, haciendo orden, las había guardado en algún sitio que no recordaba.

Tiempo después, cuando La Pampa ya había comenzado a arremolinarse, recibió un llamado de la Municipalidad local, que requería su presencia para renovar el permiso que lo habilitaba al despacho de bebidas alcohólicas, que estaba vencido.

De regreso, con el trámite cumplido y cuando solo restaban unos pocos pasos para llegar a su casa, notó algo extraño sobre el techo. Una y otra vez se tuvo que refregar los ojos porque no podía creer lo que estaba viendo. Hasta que finalmente se convenció y recién ahí comprendió que su esposa nada había tenido que ver. Y que por el contrario, había sido suya la responsabilidad por la desaparición de las pantuflas.

Es que el tiraje estaba tan bien hecho que, potenciado por los efectos del viento que azotó La Pampa por esos días de septiembre, succionó el calzado que permaneció allí durante casi una semana, bailoteando en la punta de la flamante chimenea.

Parte II

Para llegar desde Guatraché al “El Descanso”, hay que recorrer unos 5 kilómetros hacia el sur desde el centro del pueblo. Se va por un pintoresco camino de tierra flanqueado por viejos caldenes, aunque cada vez son menos los que sobreviven al embate urbanizador.

Antes de arribar al lugar, hay una loma bien escarpada, conocida como “La Amansa Locos”.

Según me contaron, fueron los antiguos comerciantes quienes bautizaron así a la emblemática bajada -o subida, según el rumbo del viajero-, porque parece ser que después de cada lluvia, el agua socavaba el camino formando profundas zanjas que ponían en peligro la marcha de sus carros, a los que de mínima, sometía a un tremendo zarandeo que podía llegar a hacerles perder la carga transportada.

Por esa razón, en esos tiempos, la única forma de superar con éxito “La Amansa Locos”, era con luz de día y con los caballos bien descansados. Servicio que ofrecía la peonada de la Estancia Guatraché, justamente en “El Descanso”, donde se podía cambiar aperos, darle agua de la buena y pasto fresco a los animales de tiro. Y también pasar la noche, lo que la convirtió en una parada casi obligatoria.

El que no lo había entendido así fue el finado Bonifacio Scheck, que la corajió de noche, partiendo tarde de “La Carlota”, con el objetivo de llegar de madrugada a “La Minnesota”. Dos estancias de la zona donde el hombre ofrecía sus servicios.

A pesar de que el camino lo obligaba a pasar por la alocada loma, el hombre la fue de guapo y aquella noche de principios de septiembre encaró la cuesta abajo así, como venía, sumergiéndose velozmente en la más profunda oscuridad del por entonces frondoso monte del mítico “Bajo La Nueva”.

Lo acompañaban su perro “Tony”, un par de damajuanas y el coraje líquido adquirido después de las varias empujadas que le había propinado a una de las dos panzonas de vidrio. Lo que le permitió ahorrarse la parada en “El Descanso”.

Pero la confianza de Bonifacio fue excesiva. Y cuando creyó que el peligro había pasado, una de las ruedas de su “Jardinera” cayó en un profundo zanjón

que el agua caída durante la última “Tormenta de Santa Rosa” había socavado al costado del camino. Y terminó volcando.

El pobre tipo murió aplastado por el peso de su propio carruaje. Escena que fuera descubierta bien temprano, a la madrugada, por Don Felipe Schneider, que dio inmediato aviso a la Policía.

Felipe trabajaba en la Estancia Guatraché y fue quien se ocupó de darle cobijo al “Tony” y a la yegüita de tiro, que increíblemente habían sobrevivido a la tragedia. Los dos animalitos se quedaron para siempre en “El Descanso” y ayudaron mucho a los viajeros que por allí pasaban.

El cuzquito los guiaba en la salida y la yegüita sumaba su fuerza cada vez que hacía falta un extra, para que los pesados carros, con destino Guatraché, pudiesen alcanzar la cima de “La Amansa Locos”.

Ese nombre, “La Amansa Locos”, puede leerse hoy en el cartel plantado a la entrada de un "refugio" ubicado “*en la punta de ese valle lagunero*”. Tal como lo sitúa la milonguita a la que Don Mario Figueroa le ensayara partitura.

Es que esa morada está ubicada a pocos metros de la loma que se precipita hacia la profundidad del bajo “La Nueva”, de ese mítico valle que contiene al Arroyo Guatraché, que vierte sus aguas dulces en el extremo norte de la muy salitrosa laguna que lleva el mismo nombre que el arroyo y que mi pueblo natal.

Digamos que la bajada -o la subida, según hacia donde se dirija el viajero- le puso letra al cartel y también a la milonguita que cuenta la historia del refugio. Desde donde pueden divisarse los dos caldenes legendarios que tan amablemente cobijaron las cenizas de mis padres.

Parte III

Por aquellos días de Agosto, el sudeste pampeano se vistió de temporal. Y durante casi una semana, el clima se presentó bastante más lluvioso que de costumbre.

Después, como siempre o como casi siempre ocurre, llegó el viento. El viento que levanta la tierra suelta; el viento que hace rodar los cardos secos; el viento que obliga a los pájaros a volar diferente; el viento que da vuelta las cosas.

Fue a comienzos de los años setenta y justo cuando la popular tormenta de Santa Rosa daba lugar a otra de esas locas historias que el pueblo nunca dejará de contar. Una historia qué fue protagonizada por cuatro “mocosos revoltosos”, como diría mi abuela Porota. Cuatro de esos pibes que el pueblo tampoco olvidará.

Eran cuatro amigos que solían compartir aventuras de alto riesgo. Cuatro “compinches” que vivían a un lado y otro de una misma avenida. Aunque eso no dice demasiado, porque en Guatraché casi todas las calles son avenidas. Y unas cuantas son diagonales.

Tan seguido se encontraban para tramar sus andanzas que un día decidieron cavar un túnel que les permitiera cruzar la calle por debajo y así evitar el peligroso tránsito que produce la ida y vuelta entre “El Mástil” y “La Plaza” del pueblo.

Porque en Guatraché, el centro comercial no está en torno a “La Plaza”, como en la mayoría de los pueblos, sino en las cuadras más cercanas al Mástil, ubicado a una cuadra de la Estación Ferroviaria y de la Iglesia Católica, al sur y al norte, respectivamente.

Pero volvamos a aquella esquina en la que se cruzan dos avenidas; al lugar donde el entrañable cuarteto estaba por dar inicio a su obra subterránea.

Fue en el comienzo de un Agosto de los primeros años setenta, mes en el que trabajaron muy duro y casi sin parar: de mañana y de tarde; de día y algunas veces también por la noche; de un extremo y del otro -en simultáneo-, con el objetivo de encontrarse, como tantas otras veces lo habían hecho. Solo que ésta vez sería por debajo de la poseada calle de tierra.

Apuntalaron el túnel con enormes troncos. Reutilizaron la tierra extraída simulando un trabajo de relleno y nivelación en los patios de sus casas, lo que fue muy bien visto por sus padres. Y mantuvieron el secreto a rajatabla.

Cuando ya casi terminaba Agosto y a la obra le quedaba muy poco para ser inaugurada, llegó la tormenta de Santa Rosa. Y con ella, el agua.

Llovió mucho. Un día, dos y casi tres. Y sin parar.

Aquella tarde, en plena tormenta, sorprendió la llegada al pueblo de un enorme camión. Era un vehículo pesado, de esos que transportan caudales. Por lo que se presentó extraño para los ojos de quienes pudieron observar su paso por “La Zeballos”.

“La Zeballos” es la avenida principal del pueblo. Zeballos con “Z” de Estanislao Severo, no con “C” de Virrey.

El de la avenida que surca el pueblo de este a oeste y en ambas direcciones, fue un destacado referente de la Generación del 80 y uno de los mentores de la denominada “Campaña del Desierto”.

Tal vez halla sido ese el precio que se pagó para seguir siendo Guatraché y no cambiar de nombre, como el vecino Monte Ralo, rebautizado General Campos, por otra de esas figuras que se destacaron en la “Masacre del Desierto”.

Como sea, La Zeballos surca Guatraché de este a oeste (y viceversa), a la par de las vías del tren. Tiene dos anchos carriles (uno para cada mano), separados por un amplio boulevard muy arbolado, por aquellos años.

El vehículo se condujo en línea recta hasta llegar al “Mástil”. Allí dobló muy lentamente hacia la derecha y pasando delante de la YPF enfiló en sentido sudeste por la diagonal San Luis, como quien rumbea hacia “La Plaza”. Y en la esquina, donde cruza Rivadavia, en esa esquina en la que la calle dividía en dos la entrañable amistad de los cuatro “secuaces” y donde esa amistad tenía planes de abrazarse subterráneamente y en secreto, justo allí, el camión interrumpió abrupta e inesperadamente su andar. Sus ruedas se enterraron tan profundamente en el barro, que ya no pudo continuar su ruta.

Primero llegaron los bomberos y más tarde, la policía. Desviaron el tránsito e intentaron retirar el vehículo, tarea que no pudieron concretar por la profundidad del pozo en el que había caído.

El camión tuvo que pasar la noche allí, enterrado y bajo la lluvia. Por lo que a la mañana siguiente y a la par de los primeros rayos de luz, los rumores comenzaron a circular más rápido que el tránsito de La Zeballos.

Hasta se habló de un intento de asalto comando para quedarse con el dinero que transportaba el blindado.

Semanas más tarde, cuando el viento de Septiembre había secado los charcos del temporal de Agosto, los investigadores judiciales cerraban el caso:

“En virtud de las pericias realizadas en la intersección de las calles San Luis y Rivadavia, de la localidad de Guatraché, Provincia de La Pampa, concluimos la investigación habiendo llegado a la conclusión de que el hundimiento de la calzada que dejó atrapado a un camión de caudales de la empresa Vigencia SA, se produjo como consecuencia de la presión ejercida por el peso de ese vehículo de gran porte sobre lo que sería el techo de un antiguo sótano de una vivienda construida en los años previos al trazado urbano del pueblo”.

Así, los investigadores pusieron fin al expediente abierto, más interesados en diluir las versiones que en aclarar el verdadero origen de la sospechosa grieta.

Lo que nadie supo es que como consecuencia de esa sentencia, los cuatro “mocosos revoltosos” debieron sellar su secreto para siempre. Y enterraron aquella historia del túnel. Hasta hoy, que me habilitaron a excavar, para contarla.